

## CRÓNICA

### “NAVARRA FUE LA PRIMERA. 1936-1939”

Como sobreviviente de los cinco autores de los cinco libros integrados en el volumen que hoy se presenta en Madrid (\*), comienzo mi intervención con la palabra gracias que, sin duda, compartirían también —y comparten ahora— Antonio de Lizarza, el general Ramón Salas Larrazábal, Rafael García Serrano y Álvaro d’ Ors; todos ellos desde una sede más elevada.

Gracias, sí, a vosotros amigos, señoras y señores que nos honráis con vuestra compañía en este entrañable “Centro Riojano”. Gracias especiales al profesor y gran hispanista Stanley Payne, y al también catedrático e historiador Ricardo de la Cierva. Sus nombres y sus obras han servido y sirven para que la verdadera historia de España —y con ella España misma— sea enaltecida y honrada en el mundo; al menos en ese mundo que aspira a la Verdad.

A los 70 años de la denominada por casi todos los historiadores la “Guerra de España”, los que en ella combatimos del lado “nacional”, así llamado también por unos y otros, nos vemos hoy contemplando unos sucesos análogos a los que nos llevaron a aquella lucha; y empleando para defendernos de haberla ganado —y con ello, además, 40 años de paz social—, empleando, repito, casi los mismos argumentos de entonces; y luego, o antes mejor, los de los 25 y los 50 años del Alzamiento:

---

(\*) Publicamos las palabras pronunciadas por nuestro amigo y colaborador Javier Nagore con motivo de la presentación del libro *Navarra fue la primera*, el pasado 26 de febrero, en el Centro Riojano de Madrid con intervención de Javier Lizarza, Stanley Payne y Ricardo de la Cierva (N. de la R.).

¿Cómo se produjo éste, cómo se hizo, cómo y por qué se ganó la Victoria? Para comprender el carácter de aquel movimiento de rebeldía, de aquella guerra para restablecer el orden, debe, al menos, intentarse, tomar en consideración los hechos mucho más que las palabras.

En esto de dejar hablar a los hechos, de darles la mayor importancia, coincidía Sir Arnold Lunn. Este gran ensayista y montañero inglés, escribía en el *Catholic Herald* del 12 de mayo de 1961, en un artículo crítico a la “Historia sobre la guerra de España”, del hoy Lord Hugh Thomas:

*“Recuerdo (Lunn estuvo en la guerra española en el lado nacional), recuerdo —escribe— una tarde en el cementerio de Huesca, que acababa de ser liberado. La Capilla de la Virgen se había convertido en un bar, y las paredes estaban llenas de dibujos obscenos. Yo —concluía Lunn— no pretendo ser un observador desapasionado de estos y parecidos horrores, pero yo los vi, y Mr. Thomas no ha hecho más que leer sobre ellos”.*

Lo mismo decía, aunque con menos palabras y más sentenciosamente (a la que escuché en su caserío entre Larrabezúa y Galdácano), una vieja casera: “*Ante un yo lo vi, hay que creer o reventar*”.

Precisamente por eso, los relatos y memorias de cuantos lo vimos deben tener carácter de fuentes históricas, incluso con sus defectos. Los autores de los cinco libros reunidos en este volumen fuimos testigos y protagonistas de los hechos que vimos y contamos, aunque uno de los autores. Álvaro d’Ors, en su ensayo sobre “La violencia y el orden”, haga abstracción por encima de los hechos, de las razones por las que tales hechos sucedieron y del futuro proyectado después de la Victoria de los que defendimos con las armas el ser de España.

Hay que repetirlo, hoy como ayer, constantemente: en aquella guerra se ventilaba el ser de nuestra Patria. Apenas se pronunció en el “otro lado”, el “rojo”, la mención a España, y sí, con tozudez, el “¡viva Rusia!”.

Ninguno de los combatientes “nacionales”, creo yo, puede dejar de considerar con legítimo orgullo el haber participado en la defensa de los valores eternos de la religión y del espíritu, sino que ante el Señor —que juzgará a todos— podrán alegar las palabras

del libro de los Macabeos, tan citados entonces en estelas conmemorativas, monumentos, recordatorios y esquelas de los muertos “por Dios y por España”. Aquellas palabras —¡palabra de Dios!—: *“Más vale morir en el combate / que ver el exterminio de la Patria y del Santuario”*.

Hoy parece —al revés— que “más vale ver el exterminio de la Patria y del Santuario”, que no morir en el combate, ni luchar por ello; pues al enjuiciar la guerra de 1936-1939 se pasó de condenarla a condenar todas las guerra; no sólo las calificadas de “santas” o “cruzadas”. ¡Radical y utópica pretensión! Toda violencia —se dice hoy— es injusta e ilegítima. Y esto es utopía, sí, porque, en efecto, hay que responder a la pregunta: ¿qué significa la guerra en relación con la paz?... También la noción de paz es compleja y ambigua, y puede utilizarse en contradicción. Guerra y paz se oponen, sí, pero considerar como auténtica paz la ausencia de guerra debe hacernos reflexionar sobre la posibilidad de una guerra justa en servicio precisamente de la paz.

Una convicción profunda en el pensamiento teológico es que la guerra, en sí misma, es irracional, y que el principio de una solución pacífica obligatoria de los conflictos es la única vía digna del hombre. Sin embargo, aun oponiéndose firmemente a la guerra y deseando su desaparición total, los teólogos se han negado siempre a considerarla como intrínsecamente inmoral en toda eventualidad; y no la condenan de forma absoluta (puntos 2308-2317 del Catecismo de la Iglesia Católica).

Que la guerra pueda ser justa es fácilmente comprensible. El derecho a la legítima defensa es un principio básico de derecho natural en una humanidad pecadora, a condición de no utilizar la violencia sino cuando sea indispensable, y en la medida en que lo sea. La defensa de la paz ha exigido siempre el riesgo de la guerra. No es lícito pensar en la guerra como solución de los problemas, pero es obligatorio prevenirse contra un enemigo que no piensa ni cree en licitudes. Con lo que se llega a la conclusión de que sólo la legítima defensa puede justificar la guerra; y el bien común de restablecer un orden social inexistente puede hacer necesaria la guerra.

Tal fue el caso de la guerra de España, en la que la mitad de los españoles tuvieron que defenderse contra la otra mitad de un

desorden injusto. Y esto es lo que se cuenta, en el fondo, en este volumen presentado aquí hoy. Se trató de imponer con una violencia justa un orden social imprescindible que ya no existía. Los cinco autores dan fe, con su respectivo testimonio, de la entrega de una generación a un ideal, equivocado en un lado, verdadero y victorioso en el otro. Este ideal nacional de “por Dios y por España” llevó a la Victoria y sirvió, como muy bien resume el profesor y querido amigo Stanley Payne, en el prólogo del libro, de diferencia fundamental, para que “mientras en el bando republicano todos los partidos y movimientos mantenían y perseguían sus propios objetivos sociopolíticos durante la guerra, en el bando nacional los varios grupos los subordinaron a la Causa común”.

En efecto, a lo largo de tres años fueron, al menos yo lo ví así en la unidad en que formé, fueron, digo, catalizándose las diversas ideologías: tradicionalistas, carlistas de pura cepa y dinastía, falangistas, monárquicos alfonsinos, cedistas, republicanos e incluso “gudaris” de los que se nos enfrentaron en las campañas de Guipúzcoa y de Vizcaya; todos coincidimos, mantuvimos en alto el “por Dios y por España” y con él triunfamos. Las motivaciones de “fueros” y “rey”, aunque importasen, pesaron muy poco al lado de aquel alto, simple y desnudo ideal por el que tantos murieron bajo el fuego.

En mi libro, *En la 1.ª de Navarra*, se destaca todo esto, referido concretamente a una generación navarra de “soldados conocidos”, como lo fueron los que figuran en las lápidas de mármol del “Monumento de Navarra a sus muertos en la Cruzada”, en largas listas por pueblos —hoy cobardemente encubiertas—; cada uno con su nombre y apellidos paterno y materno; testimonio irrepetible del sacrificio heroico de un pueblo por una gran Causa que le animó.

Si esto se juzga hoy exagerado, entonces los hechos no lo fueron; hechos y nombres que los cinco libros recogen, que constan en los archivos, que se grabaron en mármoles y monumentos, y que en últimas revisiones muestran estas cifras estremecedoras:

— Población de Navarra (1936-1939), 345.883 personas.

— Población masculina, 172.652.

- Hombres en pie de guerra, 42.937 (24.000 soldados, 6.000 falangistas, 13.000 requetés).
- Muertos en combate, 4.700 (Requetés, un 15,35% de muertos, es decir, un tanto por ciento superior al de la Legión; y más de dos veces superior al de otras regiones españolas).

En este volumen conjunto, ninguno de sus cinco autores pretende, creo yo, entrar en polémica con nadie. No lo pretendieron en sus ediciones anteriores y no lo desean ahora. Si tienen “aire polémico”, o “perfil religioso”, o son hoy “políticamente incorrectos”, es preciso recordar que tal era el “perfil” y el ambiente en aquellos años, tanto en la retaguardia como en los frentes de combate. Y aun mejor en las unidades de requetés, en las que se creía y practicaba el “Tú, soldado de la Tradición, habrás de tener puesto en el Reino de Dios”; y en las que se recordaba aquel “tirar, pero tirar sin odio”, que fue norma, en todo tiempo, de todo combatiente cristiano.

Unida a esa religiosidad, como segunda nota característica, el patriotismo, la exaltación de España, el amor confesado a España como la Patria grande. Que en nada merma el amor a Navarra “siempre fiel a la Hispanidad”, como subrayaban las Cortes del Reino en 1549; pues si Navarra fue con Sancho el Mayor, el primer anticipo de unidad, y con Sancho VII el Fuerte y el gran Arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, adelantado en la Cruzada contra los musulmanes en la gran victoria de las Navas de Tolosa y paladín de la posterior unidad española al expulsarlos en 1492, Navarra anudó en el Alzamiento del 19 de julio de 1936, los valores máximos de lealtad y heroísmo que califican a un pueblo. Y no hablo de valores regionales o nacionales, sino universales, válidos para cualquier pueblo o nación y en cualquier tiempo. Porque la fidelidad heroica a los principios constitutivos del ser de pueblos y naciones, lo es en más alto grado si se basa —como sucedió en Navarra— en la defensa de su alma, de su fe, valor espiritual máximo, informador de la vida de personas, de pueblos, de naciones.

Estas notas, religiosidad y patriotismo, y la fe total en la Victoria, llevaron a una alegría de la que brotaban las canciones y se alzaba el buen humor; una alegría nacida no sólo de la juventud sino del espíritu religioso y sacrificado de aquella juventud. “La alegría tiene sus raíces en forma de cruz”, solía decir San Josemaría Escrivá, que tanto quiso a Navarra. Y esto mismo se plasmaba en el *De vocationario del Requeté*, que llevamos tantos combatientes —no sólo requetés— en el bolsillo de la camisa o en el “macuto”. “Alegre es la Victoria que esperas, como alegre es el deber cumplido. Canta nuestros himnos, anima a todos con tu ejemplo, desecha el pesimismo y harás al amigo el mejor servicio”.

Estas notas, más el coraje nacido del sacrificio aceptado de antemano, rezumaba el espíritu de la Navarra de entonces y, especialmente, de los que le dieron renombre universal: la Navarra de los requetés de la Cruzada en sus Tercios, Brigadas y Divisiones de choque. No es sospechoso el testimonio de Joaquín Ruiz Giménez, quien, estando de embajador de España en el Vaticano, se expresaba así en una “Javierada”, la del año 1952:

“La admiración de Pío XII hacia los combatientes nacionales, principalmente hacia los requetés, a los que siempre llamaba «los salvadores de España», se mantuvo hasta su muerte. Los quería con paternal afecto. Más de una vez, al evocar Pío XII nuestra Cruzada, me preguntó aún por los requetés: así, «los requetés». A él había llegado esta palabra como una de leyenda, en una época de frialdad, de cobardía, de escepticismo. En un mundo relajado por las corrientes del materialismo, el Papa sabía que los requetés habían sabido estar dispuestos a la hora de la persecución de su patria, frente al riesgo de una des cristianización de su tierra, y estar en pie, dispuestos a darlo todo —su ilusión y su sangre, «*non loquendo sed moriendo*» por la defensa de la fidelidad a Roma”.

Pues bien, todas estas notas descubrían los lectores de este libro que presentamos. En el de D. Antonio de Lizarza, la preparación del Carlismo para la guerra, en que siempre estuvo en esa línea recta que lleva desde principios asumidos a principios vividos y, en tantas ocasiones, hasta la muerte; en mi libro *En la 1.<sup>a</sup> de Navarra*, en el que recojo el cómo se hicieron patentes en los combatientes nacionales de una “División de choque” aquel espíritu que transformó en Cruzada una guerra civil; en el libro del

General Salas Larrazábal, el heroísmo colectivo de la Navarra de entonces; en el libro de García Serrano, descubrirá la alegría, la propia, del soldado español en todas las guerras y, muy especialmente, en la de 1936-39; y finalmente, en el de Álvaro d'Ors, como "aquel grito de ¡Viva Cristo Rey!, con el que murieron muchos en la Cruzada, así como también otras personas víctimas del terror, muchas de ellas mártires, no era un grito sólo de fe y de bravura en momentos de sacrificio heroico, sino algo mucho más grave y elevado: una afirmación del primer principio para una teoría política cristiana".

Y en ellos, en los cinco libros del volumen presentado, ¡tantas anécdotas que son ejemplos cívicos de una guerra en la que la unión de religión y heroísmo llegó a su más alto grado!

¿Por qué? Pues, porque la guerra de España fue una guerra en que nadie, ninguna nación pudo declararse neutral y tampoco persona alguna. Y ello por la razón, en palabras de Pío XI (en Castelgandolfo el 14 de noviembre de 1936, al dar su bendición a refugiados españoles), de que fue una guerra en la que *"sobre toda consideración política y mundana, predominó la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos de muchos y el honor de Dios y de la Religión"*.

*"Creo que es justo y hermoso morir por el ideal que defendemos y por España. No podría imaginar final mejor ni más deseable"* (De la última carta a su madre de Alfonso Gaztelu y Elío, capitán de requetés, abogado navarro, muerto en el frente de Madrid el 22 de marzo de 1937).

Javier NAGORE